



Premio del I Certamen
de literatura “Miguel Artigas”

Elifio Féliz de Vargas Pastor

Elifio Féliz de Vargas Pastor (Teruel 1964). Soy veterinario con ejercicio profesional en Calamocha. Me inicié en la actividad literaria elaborando guiones para productoras de cine y grupos de teatro amateur, obteniendo en 1986 y 1987 el *Premio “Manuel Labordeta” de guiones cinematográficos* convocado por la Tertulia Cinematográfica Aragonesa. Es a partir de ese momento cuando opto por dedicarme con mayor entrega a la creación literaria, consiguiendo en 1990 la *“Ayuda a la Creación Literaria”* del Instituto de Estudios Turolenses. Entre otros premios destaca el *Premio “Teruel” de Relatos* en 1991.

Obras publicadas: una novela juvenil *“Un pie que hablaba inglés”* (Ed. Edebé 1997) y dos relatos para la obra colectiva *“Todo son Cuentos”* (Ed. Calambur 1999). Además he realizado colaboraciones esporádicas en el “Diario de Teruel” y la “Revista Turia”.

Hygia Pecoris

Elifio Félix de Vargas

María fue a dar a luz en un pesebre, sin buey ni mula que la resguardasen con su calor, bajo la atenta mirada de una veintena de ovejas escuálidas y una cabra escandalosa que balaba haciendo eco burlón de sus gemidos. Tampoco se acercaron los pastores a adorarla; sólo su padre que sospechando de la tardanza entró a la paridera para ofrecerle su presente en forma de vara de avellano, con la que le hizo reverencias por todo el cuerpo hasta partirla en dos. Luego, cogiéndola de los pelos, emprendió el camino a Calamocha para dejarla en el convento de la Concepción sin otra dote que la cesta del almuerzo, y si algo entregó no fue por caridad cristiana, sino porque ya intuía que aquel disgusto iba a quitarle el hambre de por vida.

A nadie dio explicaciones de dónde fue a parar María, ni quiso saber quién fue el culpable de que a la chica le entrasen aquellos retortijones mientras carga gavillas de trigo en los serones del macho.

— ¿Ande vas? —preguntó su padre.

— Ahora vuelvo —contestó María sin fuerzas, corriendo con las piernas muy juntas hacia paridera de *Cavilas* y dejando un reguero de agua en el camino.

Quitándose las fajas que le amordazaban la barriga guardaba la esperanza de que algo le hubiera sentado mal, de que todavía no fuese la hora, que aquello fue para diciembre, cuando la remolacha, pero al llevarse las manos a los bajos y notar la cabeza asomando supo que ya no había remedio, y empezó a maldecir su mala suerte y a gemir, más por rabia que por dolor. No entendía por qué la Virgen de los Navarros desoyó todos sus ruegos. Primero cuando le rezó para que el mozo volviese a buscarla, y más tarde, cuando la primera falta, para que su vientre fuese débil y perdiera aquello que crecía dentro.

Fue injusta la Virgen, que otras peores había por el mundo, amigas de la coyunda y demás vicios, pasando por honradas y ella, para una vez que cedió a la tentación, iba a dar que hablar en toda la contornada.

A lo peor el cielo la castigaba por hacerlo cuando lo hizo, la víspera de la Inmaculada, y asistir esa misma tarde a la novena a rezar la Salve como si siguiese siendo la piadosa chica del día anterior. O por hacerlo donde lo hizo, dentro de la misma paridera que ahora volvía a estremecerse con la fuerza de sus contracciones. O por hacerlo como lo hicieron, con un ardor animal que fundía la escarcha de las tejas y resquebrajaba el hielo del abrevadero a cada embestida. O por hacerlo con quien lo hizo, un mozo de Argente al que nunca antes había visto pero que no tenía el menor reparo en mirarla descarado y piropearla con su sonrisa cargada de zalamerías cada vez que ella se agachaba para arrancar las remolachas. La sonrisa con la que le confesó sus intenciones al sorprenderla tras el muro de la paridera donde se había ocultado para aliviar la vejiga. La sonrisa que borró del rostro cuando liberándola de su peso confesó con torpe pasión, como quien enuncia una declaración de amor, que tenía que marcharse:

— Mañana me voy a Zaragoza.

Fue la primera y última vez que María oyó la voz del amante.

Se preguntaba cómo fue tan inocente para interpretar en aquella frase su intención de regresar. La silueta del padre, recortada contra el enojado sol de julio en la puerta de la paridera, resumió todos sus pensamientos en una frase menos equívoca que la que resonaba en su cabeza:

— ¡Cacho puta!

A ella le pareció acertada, con las palabras justas, y se quedó quieta y muda mientras la vara de avellano iba contándole las costillas sin llegar a causarle dolor, anestesiados como tenía el cuerpo y el alma por las contracciones del parto y los arañazos del remordimiento.

A la criatura la encontró Justo cuando fue a sacar las ovejas después del asiesto. Estaba envuelta en la paja del pesebre y toda empapada por los lametones de la cabra, que no se apartaba de su lado ni dejaba que nadie se acercase a mirarla. A su propio amo topó dos veces con la cornamenta retorcida antes de que la perra saliese en su defensa y él tuviese tiempo de meter al crío en el zurrón como si fuese otro corderico recién parido.

Cuando Rosario lo vio dijo que ya estaba, que se lo quedaban, que si Dios no quiso que en quince años de matrimonio la simiente hubiera germinado en su vientre esa debía ser la forma de responder a sus oraciones, y a Justo no le pareció ni bien ni mal, porque desde que a Rosario se le aflojaron las carnes cada vez le costaba más cumplir todas las noches con la obligación de hacerle un muchacho.

Un zagal, un zagalico precioso, contaba emocionada Rosario a las mujeres que se acercaban hasta su casa para ver el milagro.

Pa mí que se ha adelantaó, porque es mucho chiquico, pero precioso precioso como un angelico, decía descubriéndole la cabecita. Comidica por las pulgas estaba la creatura, ya pues ver como lo pusieron, se lamentaba descubriéndole el pecho manchado de picaduras. Muertecico de hambre estaba cuando lo encontró el Justo, y que me sé yo si sería por el fato o porque hay animales con más conocimiento y más corazón que algunas personas, que digo yo, que mi Justo dice que la chota estaba subida en el pesebre arrimándole la ubre al críco, se emocionaba descubriéndole las piernas y los piececitos.

— ¡La Virgen qué pies más raros tiene el jodido! –exclamó Justo al reparar por primera vez en los pies sin dedos.

Corrieron a llamar a don Hilario, el médico, y Rosario respiró aliviada al saber que nada tenían que ver aquellos pies con el posible amamantamiento de la cabra. El relato de Justo trajo a la memoria de don Hilario otras historias y aprovechó, como gustaba de hacer en cualquier ocasión, para regalarles algo de cultura hablándoles de los fundadores de Roma y de la loba que les dio alimento. Por un momento Rómulo y Remo robaron protagonismo al recién nacido, hasta que llegó mosén Serafín, el párroco, y volvió a meterles el miedo en el cuerpo.

— ¡Olvidáis que el diablo toma la forma de macho cabrío? Un niño fruto del pecado, amamantado por una cabra y con pezuñas en lugar de pies... ¡Quiera Dios que no se trate del mismísimo Anticristo!

— No me asuste a esta pobre gente, mosén Serafín –mediaba don Hilario.

Pero no había nada que hacer, el párroco advertía de las fatales consecuencias que tendría para las cosechas y los ganados la aparición de tan extraña criatura en el pueblo. Sólo el bautismo podía invalidar la estrategia del maligno. Cogió al recién nacido con manifiesto reparo, lo llevó a la iglesia, mandó al capellán que tocase a rebato y celebró una ceremonia de bautismo por inmersión dadas las excepcionales circunstancias que rodeaban al nacimiento. Y para asegurarse de que el alma quedaba suficientemente limpia le puso el nombre de Jesús, por haber nacido en un pesebre, de Joaquín por ser el santo del día, y de Todos los Santos porque más vale que sobre que no que falte.

Lo que todos los santos juntos no consiguieron fue encontrar un ama de cría para el niño, que a todas las mujeres con posibilidad de amamantarlo les dio apuro establecer tan estrecho vínculo con la criatura después de las cosas que oyeron decir al cura, así que Rosario lo crió con la leche de la cabra que lo ahijó nada más llegar al mundo.

Años más tarde, cuando el niño dio sus primeros pasos a pesar de la deformidad, mosén Serafín puso en evidencia la efectividad de su sacramento y ganó fama de santo y doctor de la iglesia desde Daroca hasta Teruel. Ya entonces a Jesús Joaquín de Todos los Santos sólo el párroco le llamaba Jesús Joaquín de Todos los Santos. Para el resto del mundo, empezando por su padre adoptivo, era simplemente el Chotillo.

Justo nunca pensó hacer carrera del chiquillo, así que el día de su sexto cumpleaños le anunció cuál sería su lugar en la vida:

— Vente conmigo, Chotillo –le dijo al despuntar el alba.

Le dio el morral con la merienda, una gayata dos veces más alta que él, llamó a la perra y se fueron a la paridera.

— Fíjate en todo lo que hago. Y en la perra. En lo que haga la perra también te fijas.

Chotillo asentía, soportando orgulloso el peso del morral y agarrando con fuerza la gayata. La perra echó a correr hacia la paridera al descubrirla en el horizonte y él salió detrás de ella. Justo reía satisfecho comprobando la obediencia del chiquillo.

Cuando llegó a la paridera la perra estaba tumbada en el suelo jadeando y Chotillo a su lado, también con la lengua afuera.

— Bien Chotillo, bien –le felicitó su padre—. Ahora apártate, que la hambre es mucho mala y estos animales no respetan nada cuando encuentran una miaja aujero pa salir.

Chirrió el gozne de la puerta y dentro se agitaron nerviosas decenas de patas. Justo se hizo a un lado. Las primeras reses salieron envueltas en una nube de polvo, balando y tosiendo. La perra las llamaba al orden ladrando, sin moverse del sitio.

— ¿Has visto, Chotillo? ¿Qué te he dicho?

El ganado paró en seco, como si las palabras del pastor reclamasen su atención. La cabra bebió los vientos y descubrió al Chotillo a un lado de la paridera. Baló con la sorna propia de su especie y el chico la imitó. La cabra se dirigió con parsimonia hacia el muchacho y el resto del ganado la siguió.

— ¿Qué hago, padre?

— Tira, tira a los rastros de Carrabañón –contestó Justo.

Y las ovejas fueron tras él silenciosas, ordenadas, y pisando suavemente, sin levantar el polvo del camino.

— ¡La madre que me parió! –se dijo Justo–. Si no se ve no se cree... ¡Con lo loco que es este ganaó! No pasaron muchas semanas hasta que Justo comprobó que podía dejar al chico sólo con el hatajo mientras que él se dedicaba a otros menesteres, y si no los había entraba a la taberna para matar el rato, que bastante he trabajaó ya en esta vida, le decía a Rosario antes de que ella le pidiese cuentas: — A más pa esto no hace falta estudiar, que de no ser que pierda la modorra otra cosa no pué pasále al muchicho.

La modorra se la cambió a Plumed siendo borrega.

— Te cambio una borrega por dos viejas –le dijo Plumed una tarde que se cruzaron en el sabinar.

— ¿Qué capricho pues? –se extrañó Justo.

— Unos somarros que me piden ahora que ya desviejé.

— Alguna trápala te llevas.

Para un sinvergüenza otro, pensó Justo, y buscó dos ovejas desdentadas que se malparieron y habían llevado papo toda la primavera. ¿Estas te valen?, preguntó a Plumed. Estas mismas, aceptó estrechándole la mano.

Cuando Justo volvió a la paridera echó mano al braguero de la oveja y pensó que Plumed era más tonto de lo que parecía:

— Este Plumed es más tonto de lo que paice. Mira Chotillo, no me digas que esta borrega no está arrancando braguero.

— Preñada está, padre –corroboró Chotillo palpando las ubres incipientes–. Pero a mi ver que es modorra.

— ¡Tú si que estás hecho buen modorro! –le dio un capón antes de soltar la borrega.

Bien se acordó de aquel capón el día que descubrió a la borrega girando sobre sí misma. Seguro que su primer dueño no tuvo la precaución de cortar los rabos de las corderas en viernes, como manda la tradición, para evitar sorpresas de este tipo.

— ¿En qué la notaste bruna pues, Chotillo?

— En el mirar, padre, en el mirar.

— ¡Qué tal nos ha jodido el esgarramantas del Plumed!

Cualquier pastor sabía que una oveja modorra tenía la sentencia echada. Sólo si llegaba a criar el cordero podría paliar la pérdida.

— ¿Qué lleva en el cuello esta oveja? —preguntó Justo cuando la borrega se puso de parto.

— Un cordel con un corcho.

— ¿Y esa moda?

— A las modorras el seso se les vuelve agua, el corcho hace de tapón y así dejan de dar vueltas. Justo no dijo nada, aunque pensó que la borrega no era la única a la que se le habían estropeado los sesos. Con las manos en las entrañas de la res siguió buscando la cabeza del cordero, estiró despacio hasta sacarlo, le limpió los limos del hocico, le secó el cuerpo con unas pajas y lo llevó a los ollares de la borrega para que lo oliese.

— No lo querrá.

Pero volvió a hablar antes de tiempo. La oveja empezó a lamer al cordero, y un rato después se levantó para que mamase los calostros y un año más tarde volvió a parir y cuando murió fue de puro vieja y Plumed nunca creyó que esa fuese la borrega que cambió, por mucho que llevase la señal de oreja hecha con sus propios dientes.

La última vez que Justo vio una oveja enferma dentro de su paridera fue días antes de quedar privado por las maltas. Abortó la mitad del ganado y al mardano de los cuernos se le pusieron los pitos gordos como melones y se le pelaron de la fiebre, tan alta que ya no volvió a cubrir y tuvo que caparlo para dejarlo de manso.

Chotillo le advirtió que las fiebres eran una constelación y contra eso no había remedio. Lo mismo, pero peores explicado les dijo el veterinario cuando Justo decidió que no tenían más remedio que llamarlo; y es que, desde que Chotillo se hizo cargo del ganado, no había mal de las ovejas que requiriese de curanderos ni veterinarios.

— Chotillo —quería saber Emiliano, el de la Casa Grande— ¿qué será que les salen nubes en los ojos a estas ovejas?

Y Chotillo, abriendo la boca de la oveja le enseñaba los agujeros en el cielo del paladar por donde había que meterle la pajilla para que drenase el mal de los ojos.

— En cuatro días se le irá la nube –aseguraba–; si no se le va es que es de golpe, entonces la coges una mañana, cuando estés en ayunas, y le escupes en lo blanco del ojo.

— Chotillo –*Roque el Melguizo* le mostraba alarmado las ovejas enfermas–, pa mi que me se han embasquillaó y no va a quedar una.

Y Chotillo cogiendo la navaja les cortaba la vena del lacrimal y dejaba fluir la sangre trabada evitando que muriese una sola de las reses que pataleaban en el suelo del corral, con la cabeza vuelta sobre la espalda como si mirasen al cielo.

Pero a pesar de lo que muchos contaban algunos incrédulos siguieron pensando que las habilidades de Chotillo eran fruto de la casualidad, hasta que una tronada agostera los dejó sin argumentos.

Desde el alba las ovejas estuvieron barruntando que el cielo vendría negro por poniente. A mediodía el viento comenzó a soplar sin pausa hasta difuminar el horizonte con nubes de polvo. Las primeras piedras de granizo parecían gotas de saliva escupidas con el vozarrón de los truenos. Chotillo sabía que los dichos de su padre estaban cargados de razón, así que si tronaba en San Ginés y respondía Palomera había que coger el morral y volver a la paridera. Se cobijó en la manta y echó a andar.

Rosario no dejó de rezar desde que *Grabiél el Poyero* volvió al pueblo contando que un rayo le había matado una punta de ganaó que valía su precio en oro. A saber, para *el Poyero* todo lo suyo era lo mejor. Peor suerte había tenido Conrado; lo de la mula le parecía el fin del mundo, por mucho que se empeñaran en convencerle de que la bestia le había salvado la vida llevándose la peor parte de una chispa que a él sólo le dejó la manta chamuscada y los pelos de punta. De Chotillo nadie supo nada, hasta que remitió la tormenta y fueron a buscarle. Lo encontraron cerca de la paridera, con el ganado tendido, calentándose al sol que volvía a aparecer para sorber frágiles filamentos de vapor de los vellones húmedos.

— Ándate pa casa que a tu madre le va a dar algo –le dijo *Roque el Melguizo* al encontrarlo–. ¿No te ha pasaó nada pues?

— ¡Qué había de pasar! Pa eso está esa –respondió señalando la oveja negra que no quiso rabotear de cordera.

A partir de aquel día nadie puso en duda los conocimientos de Chotillo. No hubo ganado sin oveja negra de cola larga para ahuyentar los rayos, y era fácil encontrar ovejas blancas con una vedija de lana negra en la oreja para curar la patera.

Incluso el tío Modesto, que presumía de saber todo lo que se puede saber del ganado, reconoció que nunca se termina de aprender el día que Chotillo le mostró el nido de ratones murgaños en un hueco entre las piedras de la pared, donde esperaban a que anocheciese para salir a picar el braguero de las ovejas y cuajarles la leche.

— No le cale buscarlos —le advirtió Chotillo—. Na más que vea una amurgañada pase usted un acero por las paredes y ya verá como se mueren.

Tan eficaz resultó el remedio que a la mañana siguiente, cuando el tío Modesto fue a buscar la corbela que olvidó en la paridera después de pasarla por las paredes, encontró dos murgaños patas arriba sobre la media luna de acero.

No sólo las ovejas se beneficiaron del don de Chotillo, también otras especies sanaron por su intercesión como podía atestiguar el propio don Hilario, el médico, que se resistía a abandonar su afición a la caza a pesar de los muchos años y de las cataratas que convertían a las perdices en manchas borrosas saliendo con estrépito tras las matas. Su perro hacía las muestras acobardado, temiendo los perdigones que en más de una ocasión le habían pasado rozando. Nunca sospechó que el peligro pudiese estar en un lugar que no fuese la escopeta de su amo, por eso aulló tan amargamente cuando aquella correa que se deslizaba por el suelo se agarró a su hocico.

Chotillo encontró al médico palpando la cabeza inflamada del perro.

— ¿Qué ocurre don Hilario?

— Mira tú hijo, a ver si le encuentras algo clavado.

— Lleva una picada aquí —dijo alargando la mano para arrancar un cardo.

¿Qué haces?, preguntaba el médico mientras Chotillo pasaba las púas del cardo sobre los orificios de la picadura.

— ¿No se ha fijado usted en los ratones don Hilario? Si una víbora los pica se frotan contra los cardos para sacarse el veneno.

Al día siguiente, cuando don Hilario encontró al perro esperándole en la puerta del corral para salir a cazar, el anciano doctor pasó a convertirse en el más ferviente defensor de la ciencia de Chotillo, aunque no fuese capaz de explicar qué secreto escondían las camisas de los gemelos para curar los torozones de las caballerías, ni encontrase relación alguna entre cortar el frenillo de la lengua y prevenir el moquillo de los perros, ni supiese cómo el sebo de cerdo limpiaba el

usagre de los bueyes, ni qué sentido tenía colgar una albarca de las parias de la vaca cuando tardaba en arrojárselas tras el parto.

Por los muchos conocimientos que escondía nadie lo creyó al asegurar que nada podía hacer por arreglar la máquina que el señor Barrado se trajo de Andalucía.

El señor Barrado se había gastado un saco de reales en comprar una trilladora, la primera que llegaba a la ribera del Jiloca, y no le sentó nada bien que al segundo día de trabajo decidiera estorbarse. Peor todavía le sentó el comentario de su suegro:

— Tanto pograma, tanto pograma... ¿pa qué?

Esperaba que Chotillo le hiciese callar, pero al llegar a la era lo primero que le dijo fue que no sabía por dónde meterle mano al artefacto, que si nunca lo había visto sano resultaba difícil saber donde estaba el mal y qué podía hacerse para repararlo.

El señor Barrado le animó a echarle un vistazo:

— Hombre, Chotillo, que esto no deja de ser un molinillo grande.

Chotillo abrió el cajón de madera, metió las manos entre bielas y ruedas dentadas. El señor Barrado le dejó hacer y siguió probando a arrancar la maquinaria hasta que volvió a oírse el traqueteo de la trilladora.

— ¡Ya va! —anunció.

Chotillo se revolcaba por el suelo, manchando de sangre las losas de la era con el surtidor de sus brazos. Cuando el señor Barrado lo descubrió se quedó mirando con gesto incrédulo y a Chotillo le vino a la cabeza la imagen de mosén Serafín celebrando los santos oficios y leyendo la pasión según San Mateo: *“Del mismo modo los pontífices, con los escribas y ancianos, burlándose, decían: A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Rey es de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él”*.

Nunca más oyó la voz de mosén Serafín repitiendo esos versículos, ni otros de las sagradas escrituras, aunque durante la semana siguiente todos los latines del cura fuesen encaminados a la salvación de su alma.

Chotillo murió el mismo año en que debía entrar a filas; antes de saber cómo era una ciudad y de conocer a otras gentes distintas de sus vecinos y algún que otro comerciante de paso por el pueblo. Los quintos se acordaron de él y entre todos colocaron un pairón en la paridera dónde lo encontró

el tío Justo. Sobre la piedra grabaron las iniciales de su nombre y debajo, con todas las letras, el mote, para que nadie tuviese duda de a quién iba dirigido el homenaje.

Aquel mismo invierno murió *Valero el Seco* y en el funeral se presentó su hija, la María, vestida con el hábito y acompañada por otras dos monjas concepcionistas. Su aparición desplazó al difunto de las principales conversaciones y lo arrinconó definitivamente cuando, después de darle tierra, las monjas fueron hasta el pairón del Chotillo, se arrodillaron, rezaron y plantaron unas flores al pie del monolito.

Algunos bienintencionados supusieron que el gesto de las monjas confirmaba el origen divino de los dones de Chotillo. Otros, menos inocentes en sus pensamientos, sacaron conclusiones bien distintas. Y unos pocos, como *Grabiél el Poyero*, no quisieron pronunciarse, que no está bien provocar a los muertos y él mismo había comprobado cómo por dejar comer a una oveja las hierbas que plantaron las monjas en el pairón se le hincharon las orejas, le salieron costras por toda la jeta y no hubo forma de curar al animal.

Hubiera o no algo de cierto en los chismes que asociaban a María *la del Seco* con Chotillo, los pastores siguieron fieles a sus consejos para evitar males y plagas en sus ganados. Lamentablemente nada dejó dicho de cómo atajar la epidemia que años más tarde se extendió por toda España diezmado a la población. Ni un centenar de ovejas negras sin rabotear hubiera sido suficiente para desviar el obús que cayó sobre la paridera de *Cavilas* reduciéndola a escombros y ocultando, bajo otras muertes más trágicas, cualquier rastro de Chotillo.